

## LIBRO SEGUNDO

ROMA LLEGA Á SER LA POTENCIA PREPONDERANTE

### PRIMERA PARTE

Desde la primera guerra púnica, hasta la batalla de Zama

### CAPÍTULO PRIMERO

PRIMERA GUERRA PÚNICA

I. Roma se alia con los mamertinos. Estalla la primera guerra púnica. Poderío y fuerzas del imperio cartaginés.—II. Situación militar de romanos y cartagineses. Ventajas políticas de Roma sobre Cartago.—III. Constitución del Estado cartaginés.—IV. Lucha con Agrigento (262). Construcción de la escuadra de guerra romana.—V. Victoria naval de Duilio en Mile. Victoria naval de los romanos en Eknomos.—VI. Éxitos y temeridad de Régulo en África. Xantipo. Derrota de Régulo.—VII. Derrotas navales de los romanos. Victoria de estos en Panormo.—VIII. Muerte de Régulo. Lilybeon. Reveses marítimos sufridos por los romanos.—IX. Amílcar Barca en el Erete y en Eryx. Victoria naval de los romanos en Egusa.—X. Paz de Lutacio. Pérdidas de Roma durante la guerra.—XI. Riqueza romana. Transformación democrática de los comicios centuriados.—XII. Organización de las provincias romanas. Administración de las mismas.

I.—ROMA SE ALIA CON LOS MAMERTINOS. ESTALLA LA PRIMERA GUERRA PÚNICA. PODERÍO Y FUERZAS DEL IMPERIO CARTAGINÉS

Al retirarse de Sicilia el rey Pirro, que tan claro conocimiento tenía del estado de cosas en Occidente y de los problemas políticos á que se prestaba, pronunció estas notables frases: «¡Qué campo de batalla dejamos aquí para los cartagineses y los romanos!» El gran batallador estaba en lo cierto: apenas habían transcurrido diez años desde la caída de su poder en Sicilia y en la Baja Italia, cuando ya la misma isla de Sicilia, que el audaz moloso solo momentáneamente había poseído, era primero el teatro de la guerra y luego el precio de la gigantesca lucha que se había encendido entre la antigua potencia africana y la joven potencia itálica, que durante tanto tiempo habían vivido en paz y que juntas habían emprendido la campaña contra el rey epirota.

El establecimiento de relaciones entre romanos y cartagineses había tenido efecto desde antiguo de una manera muy distinta de la que vimos en Grecia, en donde se había encendido la guerra entre los diversos Estados militares que se disputaron la herencia de Alejandro. En la época en que las romanas legiones se extendían sin obstáculo por el Sur de Italia, nadie podía pensar, ni en el Senado de Roma ni en el de Cartago, que estaba muy cerca el día en que había de estallar una guerra entre ambos Estados, guerra que fué la mas temible y la de mas importancia histórica que hasta entonces se había presenciado. Aun cuando, despues de la muerte de Pirro, las relaciones entre romanos y cartagineses habían tomado un carácter de tirantez y desconfianza, los nuevos señores de Italia solo daban á su existencia marítima una importancia secundaria y no pensaban en atravesar los límites naturales de su península. Los cartagineses, por su parte, desde la toma de Tarento por los romanos, habían dado á conocer tímidamente

sus deseos de establecerse en este punto: su política, en lo que no se refería al África y á la dominación del Mediterráneo occidental, tendía exclusivamente á conseguir el objeto que se habían propuesto, con tenacidad fenicia, desde la gran derrota de los atenienses en Siracusa, que era la completa conquista de la isla de Sicilia.

Una contienda entre dos Estados de importancia muy secundaria, Siracusa y Mesana (Mesina), fué causa de que, contra todo lo que podían pensar los contemporáneos, se destruyesen las vallas que hasta entonces habían mantenido separadas las armas romanas de las cartaginesas. El rey Hieron II de Siracusa había tenido que renunciar á su completa victoria sobre los mamertinos por la intervención astuta de Cartago, pero no por esto desistía de la conquista de Mesana. Desde el año 269, en que tomó el título de rey, conservó en actitud amenazadora respecto de los mamertinos, debilitados á consecuencia de la última derrota, hasta el punto de verse obligados á pensar en algun aliado poderoso que les diera auxilio. La triste suerte á que los romanos habían condenado en 270 á sus compatriotas y compañeros de Reggio, hacia harto probable que Hieron II, en caso de apoderarse de Mesana, tratase, como vengador de los griegos, de igual manera á los mamertinos. Durante algun tiempo estuvieron estos indecisos, no sabiendo si confiarse á los cartagineses ó á los romanos: la alianza de los primeros significaba una sumisión incondicional; por esto solo la quería un partido poco numeroso; la mayoría optó por demandar auxilio á los romanos. Ciertamente el Senado había exterminado á los sangrientos campanios; pero los romanos no tenían la menor intención de castigar á los mamertinos, por las crueldades que habían cometido antes con los griegos de Mesina, porque si eran enemigos políticos suyos, en cambio eran también itálicos como ellos. Además, los romanos debían

desear ardientemente apoderarse, sin luchar apenas, de la llave de Sicilia, é impedir de esta suerte que los cartagineses, que ya habían creado una estación para su escuadra en la isla de Lipari, se fortificasen delante de Reggio y se pusiesen en condiciones de poder impedir á su antojo á los buques italianos el paso por el estrecho, es decir, el paso desde el mar de Occidente al de Oriente. Los mamertinos que, por estas circunstancias, esperaban obtener de los romanos mejores condiciones que de los cartagineses, decidieron en 265 pedir auxilio á Roma y cederle en cambio la posesión de Mesina.

El Senado se encontró entonces en una situación embarazosa y difícil: las ventajas políticas que de la posesión de Mesina se prometía eran muy grandes, y además, en caso de no acceder á la petición de los mamertinos, esta ciudad pasaba seguramente, no á manos de Hieron, sino á poder de los cartagineses. Pero, por otro lado, los hombres de Estado de Roma no podían aliarse de muy buena gana con los compañeros de los asesinos de Reggio y romper abiertamente con Hieron, que hasta entonces había sido su aliado, ni engolfarse en la serie de aventuras á que se exponían incondicionalmente, en caso de aceptar las proposiciones de los mamertinos, pues la posesión de Mesina por las legiones romanas implicaba naturalmente la declaración de guerra entre Roma y Cartago. Además, esto suponía entrar en una nueva senda de guerra y de política exteriores, para las cuales no mostraban los romanos disposiciones suficientes, como lo probaban las tentativas en este sentido hechas en distintas ocasiones. El Senado no adoptó resolución alguna definitiva; de suerte que los cónsules llevaron esta trascendental cuestión ante la asamblea general, en donde el pueblo romano que debía resolver acerca de su suerte y de su porvenir, se decidió en favor de los mamertinos, acordando que estos entrasen en la alianza de Roma con las mismas condiciones que las comunidades itálicas aliadas. Entonces se exigió de Hieron que dejase de atacar á Mesina y se hicieron en Roma todos los preparativos necesarios para proteger á los mamertinos.

Los cartagineses vieron, naturalmente, con desagrado este nuevo é inesperado cambio de la política romana, y ganosos entre tanto de prolongar lo mas posible el momento de la ruptura completa, trabajaron en silencio apelando á su diplomacia y á las buenas relaciones en que estaban con la minoría de los mamertinos que no querían la alianza con los romanos. Con ayuda de estos logró el almirante Hannon, que se encaminó con una escuadra hacia el puerto de Mesina, no solo ser el intermedio de una paz entre mamertinos y siracusanos, sino poner en la Acrópolis de la ciudad una guarnición cartaginesa.

Así encontró las cosas el tribuno de la guerra, Cayo Claudio, enviado por Roma, cuando en la primavera de 264 se presentó delante de Reggio con la vanguardia del ejército consular que conducía Apio Claudio Caudex. Los mamertinos declararon entonces que para nada necesitaban ya del auxilio de los romanos, en vista de lo cual Cayo Claudio procuró atravesar el estrecho con las naves que Nápoles, Velia, Locri y Tarento le habían proporcionado. La primera tentativa fracasó, pues el viento y las olas destruyeron la escuadrilla y arrojaron á una parte de la misma en manos del almirante Hannon, el cual mandó poner en seguida en libertad á los romanos, á fin de hacer ver al mundo entero, hasta el último momento, que Cartago era la ofendida. Poco tiempo despues renovó Claudio su tentativa, esta vez con éxito, y se presentó con sus tropas delante de Mesina, en donde convocó una asamblea de los habitantes, á la cual fué invitado el mismo Hannon, y donde había de ventilarse, segun se decía, la cuestión palpitante. El general cartaginés, sin saber qué hacer y sin poder salir de la duda que en él había

nacido acerca de las relaciones entre Roma y Cartago, dejóse engañar y se presentó en la asamblea, donde los romanos le hicieron prisionero y le ordenaron que mandase á sus tropas evacuar la ciudadela de Mesina, debilidad y falta de tacto que pagó luego siendo crucificado en su patria. La guarnición cartaginesa, desprovista de oficiales á la altura de la situación, obedeció el mandato del almirante, bien que algunos creen que los mamertinos les desalojaron de sus posesiones. De todos modos, los cartagineses evacuaron Mesina y Claudio abrió á los romanos la puerta de Sicilia.

No quedó entonces á los cartagineses mas recurso que declarar la guerra á Roma, esperando poder reconquistar en breve á Mesina. Para ello enviaron á toda prisa al otro Hannon, hijo de Anibal, con una fuerte escuadra hacia el estrecho, con la órden de desembarcar sus tropas y atacar con ellas por el Norte á Mesina, mientras Hieron que, en odio á los romanos, se había pasado á los cartagineses, conducía su ejército hacia el Sur de la ciudad. El astuto general romano, Apio Claudio Caudex, que con su ejército se encontraba en Reggio, supo, sin embargo, burlar la vigilancia de los cartagineses é introducir en una oscura noche sus soldados en Mesina. Con inusitada energía y extraordinaria rapidez se arrojó sobre el campamento siracusano y al día siguiente sobre el cartaginés, obteniendo una victoria tan completa que sus adversarios hubieron de levantar el sitio, pudiendo luego él, á su vez, intentar un ataque contra Siracusa.

En el año 263 se presentaron en la isla, al frente de cuatro legiones, los dos cónsules M. Octacilio Craso y M. Valerio Máximo, que por sus hazañas durante la guerra de Mesina conquistaron para ellos y para su familia el nombre honorífico de «Mesala.» Muy pronto no pudieron ya sostenerse los siracusanos y los cartagineses, ante tales fuerzas de los romanos, los cuales, en poco tiempo, se apoderaron de 67 poblaciones sicilianas, entre ellas Catana. De trascendencia suma fué también el cambio de política que verificó el rey Hieron: el prudente hombre de Estado siracusano había comprendido perfectamente que desde el momento en que romanos y cartagineses renovasen la lucha, el puesto de los griegos de la isla de Sicilia, atendida su anterior historia, estaba al lado de los romanos. El período de su completa independencia había pasado ya, desde el punto en que la isla era teatro de esta gigantesca lucha: el triunfo de los cartagineses significaba para los siracusanos la sumisión como súbditos de los mercaderes púnicos, al paso que de los romanos podía esperarse que pondrían al pequeño reino de Siracusa, cuyo auxilio era de gran valía para ellos, en situación análoga á la que tenían los griegos de Nápoles. En su consecuencia, cuando los romanos se aprestaban á atacar Siracusa, firmó con ellos Hieron la paz y entró á formar parte de la confederación de Roma, debiendo, sin embargo, pagar como indemnización de guerra mil talentos, y permanecer tributario de los romanos. El prudente príncipe observó desde entonces consecuentemente la conducta que se había trazado y logró hacer florecer de nuevo su pequeño Estado. La alianza de Siracusa tenía para los romanos la gran ventaja de que en la nueva lucha, que pronto debía encenderse entre ellos y Cartago, contaban desde entonces con una base, es decir, con las costas orientales de Sicilia, con sus ricas ciudades, excelentes fortalezas y magníficos puertos; base que podía en caso de necesidad mantener por sí sola un ejército romano, y que cortaba toda comunicación de los cartagineses con Italia.

II.—SITUACIÓN MILITAR DE ROMANOS Y CARTAGINESES. VENTAJAS POLÍTICAS DE ROMA SOBRE CARTAGO

De esta suerte se encontraron frente á frente, como enemigas, las dos mas importantes potencias militares civilizadas

de Occidente. Las poderosas fuerzas y el carácter nacional así de los cartagineses como de los romanos hacían presentir que la nueva guerra iba á proseguirse con una perseverancia como no la habían presenciado hasta entonces los pueblos del antiguo mundo. Esta lucha presenta contrastes de un carácter especial: en la historia griega había ya aparecido la oposición entre el león y el tiburón; pero la sangrienta lucha entre la potencia marítima de Atenas y las columnas de los hoplitas peloponesios no tuvo ni con mucho la importancia política ni militar que tuvieron las reñidas contiendas entre las legiones romanas y las pente-remes cartaginesas. Además, se ofrece aquí á nuestra consideración otro contraste notable. Los romanos ó, por mejor decir, todos los pueblos de Italia unidos, tenían que habérselas con un pueblo que, lejos de ser su afín etnográfico, como los helenos y aun los celtas, pertenecía á una rama completamente diversa de la raza caucásica; de suerte que así como entre los italianos y griegos nacieron pronto relaciones amistosas, y así como los mismos celtas llegaron á romanizarse rápidamente, no cabía que los romanos vencieran la instintiva antipatía que sentían por los semitas de Oriente, que llevaban impreso el sello africano. Una vez avivada por la sangrienta lucha la profunda antipatía que mutuamente se inspiraban las dos grandes naciones que se extendían al Norte y al Sur de las aguas del Mediterráneo occidental, no podía terminar hasta que desapareciera la última piedra de la magnífica creación de la princesa tiria Elisa. Cuando se encendió la guerra promovida por el odio entre Siracusa y Mesina, se encontraron romanos y cartagineses en el terreno de un trabajo político y militar, que no habían medido ni calculado los hombres de Estado y los generales de ambas naciones. Ambos contendientes hubieron de ejercitarse durante mucho tiempo y someterse á una larga y pesada experiencia. Antes de entrar en la lucha aprendieron uno y otro á conocer sus fuerzas y sus sistemas respectivos, á fin de poder luchar entre sí con inusitada energía.

A juzgar por las apariencias exteriores, los que habían presenciado la toma de Mesina por los romanos no pensaban ciertamente que la victoria definitiva estuviera de parte de estos, pues Cartago era entonces la potencia que con mayores fuerzas contaba. Los cartagineses se encontraban en el apogeo de su poderío y de su desarrollo exterior, y dominaban todo el Norte de Africa, desde los límites de la griega Cirene hasta los territorios que baña el Atlántico, ya inmediatamente, ya por sus estrechas alianzas con los caudillos de las tribus del interior y de los antiguos indígenas nómadas. El Mediterráneo occidental, el gran dominio del comercio marítimo cartaginés, estaba sojuzgado por la escuadra de guerra del Estado púnico, desde que había sido vencida la bandera etrusca. La isla de Sicilia hasta las fronteras del reino de Siracusa y de Mesina, estaba sometida á la soberanía púnica: las pequeñas islas que se extienden entre la Sicilia y el Africa, como las Baleares al Oeste, y desde mediados del siglo sexto, ó por mejor decir desde el año 500 antes de Jesucristo la Cerdeña con su capital Caralis, en cuyas montañas interiores se había refugiado la antigua población indígena, eran preciados miembros del gran imperio. Mas trascendental había de ser en lo porvenir el hecho de que pertenecían también á los cartagineses las antiguas residencias fenicias del Sur de España, entre ellas la tiria Gades ó Gadeira, una serie de llamadas factorías y por último las célebres y antiguas minas de plata. La dominación marítima que en sus manos tenía la monopolizadora Cartago, por medio de su poderosa escuadra, era tan completa, que el Estado púnico, al renovar en 306 el tratado de 348, había podido prohibir á los buques mercantes romano-latinos la

navegación del Atlántico y el tráfico con los puertos de España, Cerdeña y Africa, de suerte que el comercio italiano con estos países había quedado exclusivamente en manos de los cartagineses y de la Sicilia púnica.

### III.—CONSTITUCIÓN DEL ESTADO CARTAGINES

Cartago, sin embargo, no era solo la mayor potencia marítima, sino que era también la más rica de aquella época, estando muy por encima de la Atenas del tiempo de Pericles y del reino de los Lápidas que, en punto á riquezas, las tenía extraordinarias. Considerables cantidades de dinero aflúan por distintos conceptos á la capital del imperio púnico: los grandes comerciantes de Cartago trabajaban con ahínco para monopolizar en su gran metrópoli el considerable tráfico mercantil de su reino, todo el comercio del Mediterráneo occidental y una gran parte del que se hacía entre Oriente y Occidente. A los enormes beneficios que el comercio les proporcionaba agregábanse los grandes productos que les reportaba el armamento de buques y la actividad industrial que había tomado gran vuelo, así en esta comarca como en la madre patria fenicia. Además los grandes comerciantes cartagineses eran asimismo ricos propietarios y en sus dominios mediatos é inmediatos del Africa, algunos de los cuales, como la comarca de la pequeña Sirte, la parte meridional de Túnez, y el antiguo territorio de Bizancio, se habían hecho célebres por su extraordinaria fertilidad, hacían prosperar de tal manera la agricultura, que después los romanos tradujeron al latín un libro agrícola del cartaginés Magon y lo propagaron con carácter oficial por toda la Italia. Los trabajos agrícolas corrían en estas comarcas á cargo de esclavos, estando ocupados en el cultivo de los bienes de los grandes propietarios cartagineses millares de siervos.

A estas enormes rentas agregábanse también las que el Estado, como tal, percibía de los tributos que en Africa le pagaban las tribus agrícolas vencidas de la Libia, las independientes tribus pastoriles nómadas, y las que le producían las regalías de toda clase, los derechos aduaneros y la explotación de las provincias extranjeras. Gracias á todas estas circunstancias, Cartago era en aquel tiempo la potencia más rica del mundo antiguo, y en ella encontramos ciertas instituciones reproducidas en nuestros días, tales como el papel moneda.

Con una escuadra colosal y con recursos pecuniarios aun más colosales, apoyados por un terrible egoísmo, una cruel dureza y una política altamente enérgica y artera, era Cartago muy superior en aquel momento á Roma, que se levantaba, en la plenitud de sus fuerzas juveniles, contra la antigua potencia púnica. Los romanos habían de prepararse para la eventualidad casi segura de que durante algún tiempo la escuadra de bloqueo y los buques corsarios de los cartagineses les cerraran por completo las costas y puertos de Italia, é impidiesen el comercio marítimo itálico. Además, prescindiendo ya de la completa ruina de su comercio exterior, era de esperar á cada momento que desembarcaran en los territorios de la península de los Apeninos fuerzas cartaginesas. Tampoco podía mirarse con indiferencia, después de la experiencia de lo acontecido entre los sicilios, desde el reinado de Gelon y sus enemigos africanos, la posibilidad de que algún día apareciese en Italia un ejército africano conducido por un general cartaginés.

Estas circunstancias fueron las que hicieron comprender muy pronto á los romanos la verdad de su situación, bien que no pensaron en el peligro de una invasión africana en Italia, que muy posteriormente hubo de ofrecerse á la consideración del Senado. En vista de tales datos procuraron los ro-

manos, siguiendo su antigua práctica, atacar en lo posible directamente al enemigo y herirle con sus mejores armas en su propio corazón. La superioridad de la infantería romana sobre todas las demás tropas de su tiempo se manifestó nuevamente en la isla de Sicilia, donde por primera vez se encontraron frente á frente romanos y africanos. Pero cuando, después de largas luchas, los cónsules llegaron allí donde había tenido que detenerse Pirro, no tuvo el Senado más remedio que seguir el ejemplo dado por los espartanos en sus luchas con Atenas y por Agatocles en la guerra con Cartago. En otros términos: para aprovechar en cuanto fuera posible la superioridad del ejército romano, era necesario que Roma se contuviese hasta llegar á tener cierto grado importante de poder marítimo.

Los pormenores de la primera guerra púnica nos demuestran claramente cuán difícil es fueron los años de aprendizaje porque hubo de pasar el pueblo romano desde que se propuso llegar á ser potencia de primer orden. En efecto, tuvo que hacer costosos sacrificios mediatos é inmediatos de hombres y dinero, sufrir enormes pérdidas de todas clases, intentar repetidas pruebas difíciles é inseguras y modificar distintas veces su plan de guerra. Pero lo principal fué que, en cuanto los romanos consiguieron nivelar en cierto modo la gran superioridad marítima que sobre ellos tenían los cartagineses, comenzó á declinar la suerte de estos. Y cuando hubieron encontrado el camino que los conducía directamente hacia sus enemigos africanos, se pusieron de manifiesto las ventajas que, bajo el punto de vista estrictamente militar, tenían los romanos sobre sus adversarios.

Para expresarnos en pocas palabras, podemos decir que en los campos de batalla terrestres se encontraron frente á frente dos ejércitos, uno formado por las tropas escogidas de un Estado nacional de labradores y soldados, y otro compuesto de milicias y mercenarios de un Estado mercantil. A pesar de que los romanos no tuvieron un ejército permanente, en teoría, hasta los tiempos de Augusto, y en realidad, hasta los de Cayo Mario y Sila, las tropas romanas, á consecuencia de las guerras que incesantemente había sostenido Roma, especialmente desde mediados del siglo cuarto, estaban debidamente instruidas para la lucha y podían, en punto á experiencia, valerosa audacia y espíritu guerrero, ser consideradas como las mejores de aquel tiempo. Los ciudadanos romanos aptos para tomar las armas, cuyo número ascendía á 280 ó 290,000 hombres, estaban animados de un poderoso espíritu nacional y sabían perfectamente por qué y para qué hacían la guerra. Ellos formaban el inquebrantable cuerpo escogido, en el cual se apoyaban los contingentes de los pueblos de Italia que, bajo la prudente y sabia dirección del Senado, comenzaban á reconciliarse con la hegemonía romana, y no tenían intención alguna de pasarse á los africanos semitas.

Muy de otro modo pasaban las cosas en Cartago, sin que por eso fuera su situación menos favorable bajo el punto de vista militar: este poderoso Estado, por su vida interna y por el modo de ser de las clases dominantes, ofrecía pocos puntos de contacto con Tarento; existían, sin embargo, entre ambos, algunas analogías. En una palabra, Cartago, en sus luchas con Italia y por sus fuerzas que se completaban con los labradores y ciudadanos libres, se encontraba en la situación de aquellos Estados marítimos, industriales y mercantiles que, como la moderna Gran Bretaña con su población inglesa, escocesa é irlandesa, gobiernan un pueblo habituado al uso de las armas. La población propiamente cartaginesa ascendía, antes de la decadencia de su Estado, á 700,000 habitantes que vivían en las casas de seis pisos de la capital, en los alrededores de esta, en las naves, en el extranjero ó

en las provincias. Pero estas masas no eran muy aptas para la guerra, pues, á pesar de que la ciudad podía proporcionar 40,000 hombres pesadamente armados, la gran mayoría de los cartagineses, es decir, todos los comerciantes é industriales, ni sentían la afición ni tenían las cualidades de los labradores itálicos para la guerra, ni habían sido educados para esta. El número de los jóvenes de familias acomodadas que formaban la guardia de los generales cartagineses, era cada vez más reducido, disminuyendo también el de los oficiales de origen cartaginés que se encontraban entre las filas púnicas. Los elementos afines del Africa, es decir, los libio-fenicios, oriundos, ya de los antiguos fenicios, ya de los jóvenes cartagineses, que debían pagar una contribución anual y proporcionar, en caso de guerra, un contingente de soldados, se sentían tan poco inclinados á la guerra, que preferían redimirse del servicio entregando cierta cantidad de dinero.

Consecuencia de todo esto fué que, prescindiendo de la escuadra nacional, en el militarismo cartaginés solo era apto aquello que podía conseguirse por dinero. La capital era una verdadera fortaleza: alrededor de la antigua ciudadela se extendían las murallas de 50 pies de altura por 30 de espesor, que cerraban la ciudad baja, y después el puerto y la ciudad antigua con sus estrechas calles y elevadas casas. Últimamente los muros se extendieron hasta comprender dentro de su recinto la parte más avanzada de la ciudad, la llamada Magalia, que se alzaba sobre una meseta al Norte de la ciudadela y de la ciudad antigua, y que se proveía de agua gracias al acueducto de diez millas de longitud, que arrancaba de la montaña Zaghuan. El gobierno del Estado púnico estaba además incesantemente ocupado en llenar sus almacenes del material y de las provisiones necesarias y en conservarlos en buen estado: los cartagineses disponían de muchas y excelentes máquinas de guerra; y el número de elefantes que poseían de las comarcas africanas hacía posible la formación de una poderosa y audaz elefantería. Las murallas de Cartago contenían establos para 300 elefantes de guerra y 4,000 caballos.

Sin embargo, como hicieron ver los acontecimientos y como ya hemos visto en la historia de los sicilios, la suerte de las armas no fué muy favorable á los generales cartagineses en aquellas luchas en que de nada podían servirles la escuadra ni la artillería. El ejército de tierra fué con pocas excepciones, la parte más flaca de los cartagineses hasta la época de los grandes generales de la familia de los Barcas, pues estaban, por decirlo así, reducidos á los contingentes que el Africa les proporcionaba, entre los cuales el más importante era sin duda el de caballería de los nómadas independientes, cuya fama llena la historia guerrera de los cartagineses y después la de los romanos. En cuanto á la infantería, compuesta de súbditos libios, no podía compararse en manera alguna con la de los romanos, por lo cual los cartagineses se veían obligados en las grandes guerras á poner junto á estas tropas, que se aumentaban con los contingentes del Africa, de España y de las Baleares, mercenarios extranjeros reclutados entre los griegos, españoles, celtas, ligurios, y antiguamente también entre los sabelios. Pero todo el valor y toda la capacidad militar de tales tropas no pudo evitar que esta arma se convirtiese muchas veces en peligrosa espada de dos filos para los cartagineses, lo propio que para su ejército el uso de la elefantería en las batallas.

En efecto, no solo la guerra con mercenarios era en extremo costosa, no solo en los momentos más críticos se perdía un tiempo precioso hasta que se habían puesto en pie de guerra las tropas necesarias, sino que Cartago hubo de experimentar repetidas veces cuán inferior era, especialmente en la desgracia, una masa de hombres movida solo por la disci-